"He aquí el destino muy cercano del gran Napoleon.... ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino eterno del Cristo, predicado, amado, adorado, siempre vivo en todo el universo!.... ¿Es esto morir? ¿No es mas bien vivir? Esta es la muerte del Cristo; esta es la de Dios."

Estos últimos pensamientos de Napoleon nos recuerdan la manera sublime con que traza la Santa Escritura los destinos mortales de Alejandro el Grande. Ya en el tomo segundo habiamos hecho una comparacion semejante con el destino de Jesucristo; pero estaba reservado á la gloria eterna de aquel á quien adoramos, que esta comparacion la hiciera un nuevo Alejandro, y que el mas colosal poder de los tiempos modernos se diese á sí mismo en prueba de nuestra fé. (1)

CAPITULO III.

LOS EVANGELIOS.

"El hombre nació mentiroso: la verdad es simple é ingenua, y él quiere lo especioso y lo que engalana; la verdad no le pertenece, viene del cielo formada ya, por decirlo así, y en toda su perfeccion; y el hombre no tiene aficion mas que á su propia obra, la ficcion y la fábula. Ved el pueblo: inventa, argumenta y ataca con grosería é indecencia; preguntad hasta al mas hombre de bien, si es siempre verdadero en sus discursos, si no se sorprende á veces en ciertos disimulos en que van necesariamente inherentes la vanidad y la lijereza; si para salir mas airoso no se le escapa con frecuencia el añadir á un hecho que esté contando una circunstancia que le falta. Sucede hoy una cosa delante de todos, y cien personas que la vieron, la cuentan en seguida de mil maneras distintas, y despues de todo, aun queda uno que si se le oye, la contará de un modo que no es conocido todavía: ¿qué crédito podré, pues, dar á los hechos antiguos y distantes muchos siglos de nosotros? ¿Qué fundamento pueden prestarnos los mas graves historiadores? ¿Qué es la historia? ¿Es verdad que César fué asesinado en medio del senado, y que haya ecsistido un hombre que se llamó César? ¡Qué consecuencia, me decís, qué dudas, qué ecsigencias! Os reis, no me juzgais digno de contestacion, y yo hasta creo que teneis razon.—Sin embargo, yo supongo que el libro que hace mencion de César no sea un libro profano, escrito por hombres falaces, encontrado por casualidad en las bibliotecas, entre otros manuscritos que contienen historias verdaderas ó apócrifas; que al contrario sea inspirado, santo, divino; que lleve en sí mismo estos caracteres; que se encuentre despues de dos mil años en una sociedad numerosa, que no haya permitido hacer en él durante todo este periodo la mas mínima alteracion, y que se haya hecho una especie de religion el conservarlo en toda su integridad; que haya ademas una obligacion religiosa é indispensable de prestar fé á todos los hechos contenidos en ese volúmen en que se habla de César y de su dictadura: confesadlo, Lucilo, vos dudareis todavía que haya habido un César." (2)

Con esta delicada ironía hacia justicia La Bruyére á los *espíritus fuertes*, respecto de la autenticidad y verdad de los Evangelios. Nos parece en efecto que á esto deberiamos limitarnos en esta materia. Esta es una cuestion de buen sentido y de buena fé. Si la ecsaminamos de frente, no es única; la verdad del Evangelio *salta á la vista*, y el dicho vulgar, *verdadero como el Evangelio*, no es mas que el grito del sentido comun y de la verdad. La Bruyére y J. J. Rousseau lo han probado evidentemente. Léanse los pasajes de estos dos eminentes genios sobre la materia, y si despues de haberlo hecho, duda alguno todavía, es que está enfermo.

Efectivamente, la incredulidad en ciertos entendimientos es un achaque, y el querer curarlo por medio de pruebas sobre los detalles, es agravarlo lastimosamente. Antes agotaríais el agua del mar que las objeciones que os presentara, pues vuestras mismas contestaciones le darán siempre lugar á otras nuevas, principalmente si estas contestaciones son fuertes y concluyentes. Cuando la incredulidad ha llegado á semejante estado, lo mejor que hay que hacer es abandonarle el terreno. Entonces empieza quizá á dudar de sí misma, y la verdad se presenta á recobrar sus derechos.

Al inconveniente de sobrescitar á la incredulidad, la argumentacion por detalles añade otro de no poca importancia; turbar la simple fé, haciéndole creer que su objeto es contestable y que ecsije un formidable aparato de pruebas y argumentos para poderse sostener; y tal que jamás hubiera dudado de la autenticidad del Evangelio, se hallará menos cimentado en su fé por la fuerza de las pruebas que le habreis dado, que dudoso por la idea de la necesidad que de ella tiene.

Tal fué poco mas ó menos el resultado de las fuertes apologías que los Houtteville y los Bergier opusieron al frenético fanatismo de los incrédulos del siglo XVIII. Al leerlas en el dia, admiramos el candor de aquellos hombres generosos que en aquella época esperaban convencer por medio de buenas razones, que llevaban la defensa tan lejos como los ataques, y que hacian á estos últimos el honor de confundirlos punto por punto, mucho tiempo despues que ya no eran dignos de él.

¿Es esto decir que los despreciamos? ¡Ah! no: Dios lo sabe; no nos atreveriamos á decirlo. Unicamente deploramos la necesidad en que se encontraron de proceder así, y de sepultar tanta razon, tanto saber y tanto celo en una lucha de detalles, cuando el buen sentido de la posteridad y la imprescriptible fuerza de la verdad iban muy luego á hacerlas inútiles.

¡Cuán grande es nuestro reconocimiento por hombres semejantes! Merecieron tanto mas, cuanto menores fueron sus pretensiones; soportando todo el peso del dia y del calor, no dejaron que se arraigase ningun error, ninguna preocupacion, y conservaron el campo de la verdad libre de toda usurpacion, hasta el dia en que volvió ella á ocuparlo por sí misma;—demostraron á los talentos serios que los leen aún, que la fé cristiana es verdad; que bajo su aparente sencillez encierra todo un ejército de pruebas tan numerosas, y siempre mas fuertes que las objeciones; y que á cualquiera direccion que se escave en sus cimientos, en cualquiera punto que se le ataque, no podemos dejar de retirarnos confundidos;—en fin, templaron armas para las luchas venideras, y dignos sucesores de los *Orígenes*, de los *Cirilos* y de los *Eusebios*, prepararon á los *Julianos* y á los *Voltaires* futuras é indispensables derrotas.

Afortunadamente no nos encontramos nosotros en presencia de semejantes adversarios, y podemos hablar el lenguaje del sentido comun y de la simple verdad, seguros de que las ecsigencias de nuestros lectores no traspasarán los límites del buen sentido y de la buena fé.

En esta persuasion justificaremos, como hemos hecho hasta aquí, la verdad evangélica, valiéndonos de raciocinios filosóficos y de argumentos morales, y apoyándonos en hechos, pero sin engolfarnos en ellos (1).

§ I.

Volviendo á tomar la posicion natural que corresponde á nuestro asunto, diremos desde luego:

He aquí los Evangelios: es decir, cuatro historias contemporáneas de la vida de Jesucristo; ¿por qué no hemos de creerlas verdaderas?

¿Os ha ocurrido jamas sospechar de la autenticidad de los anales de Tácito, de los comentarios de César? no por cierto. Pues bien, ¿por qué privilegio de desconfianza dais menos crédito á la autenticidad de los Evangelios?

¿Hay algun motivo para sospechar de esta autenticidad? ¿Se ha descubierto alguna prueba, algun indicio siquiera, que revele alguna suposicion ó alguna alteracion en estas historias? De ninguna manera. —¿Están desmentidas por otras historias contemporáneas ó en contradiccion con las circunstancias y las costumbres, en cuyo seno parecen haber sido escritas? Lejos de esto, se hallan en la mas perfecta concordancia con todas ellas.—Les falta acaso ese sello de vida y sinceridad que nos persuade en las demas historias que admitimos?—¿Van, en fin, acompañadas de esa sospecha acusadora que nunca falta en las obras apócrifas? Muy al contrario: nunca libro alguno gozó de mas confianza; siempre fué tenido por la verdad misma, hasta el punto de hacer de él la base del juramento.

Encontrándose, pues, todos los caracteres de la autenticidad en este libro, ¿por qué, no diremos desconocerlo, sino solo ponerlo en duda?

Quisiéramos una razon, una razon plausible, menos que esto, una de esas razones cuestionables, por las cuales se ha podido pretender, por ejemplo, que el pasaje de Josefo relativo á Jesucristo, no pertenecia realmente á este historiador.

Pero no: sin ninguna sombra de razon provocan algunos escépticos esta cuestion y la resuelven, ó mas bien la cortan con un gesto, como si esos espíritus fuertes, que tantas pruebas ecsigen para todo, estuvieran dispensados de dar ellos ninguna.

Ellos son los que aquí deben darlas, y supuesto que niegan una autenticidad jamas puesta en duda, universalmente reconocida, deben presentar las razones de su incredulidad. Los Evangelios están en posesion de esta autenticidad: ¿se la arrebatarán ellos?

¿Quereis saber el sólido argumento por cuyo medio creen conseguirlo? Hélo aquí:—*Es* POSIBLE *que los Evangelios no sean auténticos, luego no lo son*; —á este fundamento está la incredulidad reducida.

Pero por muy mezquino que sea semejante fundamento, es fácil aniquilarlo y elevarlo hasta la *posibilidad* de que los Evangelios no sean auténticos. Nos reservamos hacerlo mas adelante, bastando por ahora el buen sentido para conocer su valor.

¡Qué buen sentido, en efecto, en que los Evangelios hubiesen podido sorprender de tal modo la fé del género humano! ¡que hubiese podido encontrarse una mano tan oculta, tan diestra, tan venturosa, para deslizarlos é introducirlos por todas partes, y hacerlos prevalecer hasta el punto de que no se hubiese podido saber jamas en dónde, cómo ni cuándo habria preparado su impostura! Si esto fuera posible, seria necesario dudar de todo, desapareceria la autenticidad histórica, y no quedaria en pié ningun libro, ningun documento; ó bien seria menester admitir para el solo libro de los Evangelios una suspension de las leyes de la verdad histórica, y acojerse para no creer en ellos, á un milagro mayor que todos los que se quieren evitar.

Y sin embargo, es tal la disposicion de ciertos espíritus, que rehusan todo crédito á ese santo libro, que basta citarlo para no ser creido, y en su concepto vale mas que él cualquiera libro pagano, por malo que sea. Hablamos del punto de vista histórico; pues por una nueva contradiccion, ese mismo libro, que no es mas que un tejido de fábulas en cuanto á los hechos, es todo de oro en cuanto á las ideas, y miran con un respeto solemne y entusiasta el objeto mismo de su soberbia y desdeñosa incredulidad.

No insistimos sobre este punto sino porque en él se han reconocido algunose spíritus de buena fé, pero irreflecsivos, que no lo ecsaminan bien, y opinan que es conveniente hacerlo resaltar.

---

(1) La divina figura de Jesucristo ha debido muchas veces ser objeto directo de nuestros estudios, porque todos van á parar á ella. Por esto la hemos contemplado bajo tres aspectos correspondientes á las tres partes de nuestro trabajo, filosófico,—teológico—é histórico.—Lo hemos hecho en la primera parte, en el capítulo *de la venida y del reino de Jesucristo;* en la segunda, en los dos capítulos sobre *la Redencion*, y en la tercera, en el presente capítulo sobre *Jesucristo*. Reuniendo estos tres estudios, puede tenerse uno completo sobre Jesucristo; tan completo á lo menos como es posible á nuestra flaqueza relativamente á tan divino asunto.

(2) La Bruyére, cap. *de los espíritus fuertes*.

(1) Tememos mucho faltar á nuestra palabra y ceder un poco á esa tentacion de *detalles* que acabamos de echar en cara á nuestros venerables antecesores. Pero hay la inmensa diferencia entre su posicion y la nuestra, que en ellos era la tentacion de la *necesidad*, y en nosotros la tentacion de las *riquezas*.

Pero no basta hacerlo resaltar: es menester buscar su raiz, y nosotros creemos haberlo hecho del modo siguiente:

En sí mismo, y abstraccion hecha de su objeto, el libro de los Evangelios no hubiera sublevado jamas á la incredulidad. Se le hubiera dado el mismo crédito que á cualquiera otro; hasta se hubieran descubierto en él condiciones de autenticidad muy particulares, únicas, y se hubiera enviado á casa de locos al primero á quien se le hubiera ocurrido que la historia que contiene fué inventada. Así se procederia en efecto, en nuestros dias, con quien negase la ecsistencia y los hechos de Sócrates y de César, menos atestiguados sin embargo que los de Jesucristo. —La diferencia, empero, consiste en que los hechos de Sócrates y de César son hechos naturales, y los de Jesucristo sobrenaturales; en que son esteriores y no ecsijen ningun sacrificio, y los de Jesucristo nos penetran, se apoderan de nosotros y nos obligan á imitarlos y seguirlos con la autoridad de un Dios. —Y entonces decimos [no sin una apariencia de razon, es verdad], un hecho natural y sin consecuencia es creible y admisible por su naturaleza; y si llega á estar probado, la prueba trae consigo su admision, porque por otra parte nada se le opone. Pero un hecho sobrenatural, un hecho cuyas consecuencias dominan y subyugan la razon y la voluntad, un hecho semejante importa consigo un obstáculo contra el cual se estrellan todos los rasgos de la evidencia natural de las cosas. Tiene uno derecho para ecsijir pruebas que estén á su altura, es decir, *sobrenaturales* como él.—La verdad del Evangelio no se apoya mas que en pruebas *naturales*, mil veces suficientes para un hecho natural, pero insuficientes para un hecho sobrenatural.

Esta es, si no nos equivocamos, la verdadera objecion.

Vamos á darle respuesta:

Es contradictorio querer en último resultado una prueba sobrenatural de un hecho de la misma especie; porque ¿qué podria ser esta misma prueba sobrenatural mas que otro hecho sobrenatural, que á su vez tendria necesidad de otra prueba sobrenatural, y así indefinidamente? Es claro, pues, que esto seria un círculo vicioso.

Por ejemplo, en prueba de su divinidad resucita Jesucristo á Lázaro. Esta resurreccion es un hecho sobrenatural que prueba el poder sobrenatural de Jesucristo.—Pero este mismo hecho de la resurreccion de Lázaro, ¿de qué otro modo se podria probar mas que por medio de una prueba natural? ¿Qué otra prueba podian tener de esta misma resurreccion los que la presenciaron, sino la prueba de la vista, por la cual juzgaban de todos los hechos ordinarios de la vida?

La razon de esto es muy sencilla, pues consiste en que siendo el hombre el objeto de la prueba, es preciso que sea esta conforme á la naturaleza humana y que se le adapte, y por consiguiente que sea *natural* y *humana*, so pena de faltar á su objeto.

Es menester, pues, admitir necesariamente una prueba natural, como la única posible al hombre para llegar á saber un hecho sobrenatural. Mas ó menos poderosa y directa, nunca esta prueba podrá ser mas, en definitiva, que una prueba simplemente natural.

Llegados á este punto, concebimos que deben ser grandes las ecsigencias de la razon; pero al fin y al cabo, por grandes que sean, deben tener un término bajo pena de ser irracionales, y este término no puede dejar de ser el mismo de la naturaleza de las cosas.

Por consiguiente, si la verdad de los Evangelios se halla tan bien probada como la naturaleza de las cosas la consiente, si en ella están todas las condiciones llevadas hasta su mas alto punto, si su medida está colmada y no queda lugar á la mas mínima duda legítima sobre esta materia, será preciso admitir los Evangelios.

Efectivamente, no podriamos sustraernos á ello, sino borrando la prueba histórica de la lista de las pruebas naturales, ó volviendo á decir que es necesario algo mas que una prueba natural.

Hemos visto ya que siempre es absurdo ecsigir mas que una prueba natural. Es por otra parte incontestable que cuando la prueba histórica es perfecta en su género, es una prueba natural decisiva que no puede desecharse sin nota de demencia. Por consiguiente, si en los Evangelios se encuentran todas las condiciones de esta prueba, será necesario admitirlos.

Desde el momento que se tiene la prueba, la prueba incontestable de un hecho, es racionalmente preciso admitirla. ¿Qué importa despues que este hecho sea natural ó sobrenatural? ¿es por esto menos prueba la prueba en sí misma? ¿es acaso menos cierto por esto el hecho?

Conviene, pues, no dejarse preocupar con lo que hay de sobrenatural en los hechos evangélicos, sino para ecsigir que su prueba sea tan perfecta como pueda *naturalmente* ecsigirse. Es menester no pasar mas adelante, so pena de incurrir en las inconsecuencias que acabamos de señalar.

Hé aquí la respuesta á la objecion que es la fuente secreta de la incredulidad en los Evangelios: es una incredulidad sin razon.

Hemos anticipado algo de lo que deberemos tratar mas estensamente en el capítulo sobre los *milagros*. Entremos ya en nuestro estudio sobre los *Evangelios*.

¿Es cierta su autenticidad?

Ya hemos visto que no hay nada que autorice dudar de ella, que es *notoria*, y que no hay mas motivo de sospechar de ella que de la de los monumentos históricos mejor probados.

Pero esto no es bastante; nosotros añadimos que en los Evangelios se hallan condiciones tales de autenticidad, que escluyen hasta la *posibilidad* de su suposicion ó de su falsificacion, y que esta autenticidad es *necesaria*.

§ II.

Empecemos reconociendo que en la actualidad están los Evangelios tan esparcidos por todo

el mundo, tan comprobados por el uso que de ellos se ha hecho, y tan consagrados por la veneracion de la sociedad cristiana, que seria absolutamente imposible añadirles ni quitarles nada, de modo que semejantes alteraciones prevalecieran sobre el verdadero testo recibido. Esto es incontestable. Los Evangelios gozan, aun bajo de este respecto, de un privilegio de conservacion única, del cual carecen todos los demas libros (y lo que decimos de los Evangelios puede decirse de todo el cuerpo de las santas Escrituras). Ese privilegio se compone de dos elementos que se combinan de una manera maravillosa para darle una gran fuerza. El primero es la autoridad católica, que desde lo alto de la Iglesia vela sobre el sagrado depósito, y conserva su vigilancia y atestigua su integridad. Hacemos aquí abstraccion de la *infalibilidad* de la Iglesia, y la miramos tan solo en su organizacion humana; pero á pesar de esto descubrimos en ella dos admirables medios de conservacion de la verdad de las Escrituras: la autoridad que impide á la multitud el caer en error; y la multitud, que impide á la autoridad el caer en arbitrariedad. Si la autoridad quisiera llevar una mano arbitraria al cuerpo de las santas Escrituras, no podria, pues se lo impedirian los millones de miradas, la voz y la pluma de los que leen, cantan, esplican, comentan y trascriben las Escrituras por todo el universo.—Por otra parte, esta multitud no puede estraviarse, engañarse ni adulterar en nada las santas Escrituras con el uso que de ellas hace, hallándose dirigida por una autoridad que guarda su depósito y defiende su integridad.

Seria menester admitir que la autoridad y la multitud se convienen para cometer una falsificacion, lo cual seria manifiestamente imposible, pues en este caso no habria á quién engañar, y la falsificacion seria descubierta por su propia evidencia.

Admitamos empero este convenio imposible: aun en este caso se suscitaria un obstáculo insuperable, un testimonio incorruptible: —la herejía.

Efectivamente, la falsificacion de que estamos hablando deberia tener un objeto, sin lo cual es absolutamente increible; este objeto no podria ser otro que engañar á alguno que deberia ser distinto del mismo falsificador, distinto por consiguiente del catolicismo, que en dicho supuesto seria este falsificador. Ese uno á quien se querria engañar así, no podria ser otro que la herejía; y dejamos á nuestros lectores el pensar si esto seria posible. La herejía no reconoce mas autoridad que la de las Escrituras, concentra en ellas solas todas sus pretensiones y nos las opone sin cesar: ¿podriamos, pues, admitir que las dejase alterar por su eterna enemiga, la Iglesia católica, y alterarlas en perjuicio propio? ¡Qué hermoso testo seria de recriminacion contra una Iglesia que la acusa de variacion y de novedad, una novedad tan criminal! Evidentemente hay un obstáculo insuperable en la corrupcion de las Escrituras por la Iglesia, y recíprocamente por la herejía; pues aunque la herejía esté interesada en esta corrupcion, con motivo de la necesidad que tiene de justificar sus novedades, la Iglesia está demasiado interesada por su parte en confundir estas novedades, para dejar pasar un medio semejante de justificacion.

Observad ademas cómo bajo este punto de vista estan admirablemente distribuidos los papeles; por un lado teneis á los judíos para el antiguo Testamento, y por otro, para el nuevo Testamento, á las herejías cristianas, y en el centro á la Iglesia católica, blanco de los ataques de unos y otras, y que vela sobre todos.

¿Cómo podrian tantos intereses encontrados prestarse á una falsificacion del cuerpo de las Escrituras, comun á todos? ¿Cómo puede admitirse que los judíos hubiesen dejado pasar la suposicion de los Evangelios, que los confunden por su concordancia con las profecías? ¿Cómo creer que los cristianos dejasen pasar una alteracion de las profecías, que en tan alto grado les interesa por esta misma concordancia? Y entre los cristianos, ¿cómo admitir entre la Iglesia católica de un lado, y las herejías de otro, cualquiera suposicion cuyo objeto, siendo necesariamente lastimar á una de las dos, escitaria desde luego vivísimas reclamaciones?

Sin embargo, nosotros queremos admitir tambien este aumento de imposibilidad, y concedemos que en un momento dado, los católicos, sacerdotes y fieles, los herejes con sus infinitas sectas, y los judíos en su dispersion, hubiesen hecho una tregua solemne, y tan secreta, que la historia no hubiese podido consignar ningun vestigio de ella, y que el objeto de esta tregua hubiese sido falsificar las Escrituras de concierto y no sabemos con qué interes.

En este monstruoso caso de imposibilidad, habria habido todavía un enemigo comun, que hubiera hecho abortar esa tentativa insensata y la hubiera cubierto de confusion: este enemigo es la incredulidad.

La incredulidad, á la cual oponemos por todas partes las Escrituras; esa incredulidad á la que nos dirigimos en este momento ¿tiene, sí ó no, interes en discutirlas, en contradecirlas, en desacreditarlas y confundirlas? A la misma incredulidad toca decirlo. ¿Ha usado de este interes, de este derecho? Sí: ha usado y abusado de ellos hasta la hiel, hasta la sangre. ¿De qué modo, pues, se hubiera podido eludir ese encarnizamiento, ese odio irreconciliable? ¿Quién no ve, en fin, que la evidencia de semejante imposibilidad llega ya á su colmo?

Reunamos todo cuanto acabamos de decir, y tomémoslo en su último resultado.

1°. En la actualidad no se hallan las Escrituras tan solo en manos del papa, de los cardenales, de los obispos y de los sacerdotes diseminados por todo el universo, sino tambien en manos de la multitud innumerable de fieles católicos, y su uso en poder de tantos es tal, que es imposible toda falsificacion, porque no podria provenir esta sino de una arbitrariedad por parte de la autoridad, ó de error por parte de los fieles; y porque son de tal naturaleza las relaciones de la multitud de los fieles con la autoridad de los pastores, que la multitud impide á la autoridad incurrir en arbitrariedad, y la autoridad impide á la multitud incurrir en error (salvo el privilegio de la infalibilidad, de que ahora no hablamos).

2.° Admitiendo que esto fuera posible, quedaria todavía un nuevo obstáculo, pues las Escrituras no están solamente en manos de los católicos, sino tambien en las de los herejes, enemigos de aquellos, y en las de los judíos, enemigos de los cristianos, y seria preciso sorprender la vigilancia ú obtener la complicidad de todos los herejes y judíos, los cuales no podrian prestarse á ello sin sufrir grave detrimento, y por consiguiente sin abdicarse á sí mismos.

3.° Finalmente, ademas de los católicos, de los herejes y de los judíos, quedan aún otros vigilantes de las Escrituras, y son los incrédulos, los cuales siempre en guerra con la fé, siempre atacando y siempre atacados, y atacados por las Escrituras, no las dejarian adulterar contra sí mismos, sin arrojar un grito tanto mas fuerte y terrible cuanto que esta vez seria el grito de la verdad.

He aquí lo que puede decirse de la situacion actual de las Escrituras.

Pues bien:—fijaos en lo que vamos á decir:—esta situacion *ha sido siempre la misma*.

Siempre ha habido pastores y fieles en la Iglesia católica; siempre ha habido herejes y judíos fuera de esta Iglesia; siempre ha habido incrédulos ademas de los herejes y judíos, y siempre incrédulos, judíos, herejes y católicos han tenido á la vista y en su poder las mismas Escrituras; siempre, en fin, han estado respectivamente unos á otros en un estado de hostilidad esclusivo de toda colusion ó de toda tolerancia, para cometer ó sufrir la mas lijera suposicion en un cuerpo de títulos que interesaban á todos igualmente.

Voltaire llama á las santas Escrituras el *legajo de la parte contraria:* está muy bien dicho. Este *legajo* no ha cesado de *darse en traslado*, desde el principio del *proceso*, á todas las *partes* que en él figuran contra nosotros, judíos, herejes é incrédulos. Lo han tenido constantemente en su poder, nosotros mismos se lo hemos dado, y les hemos obligado á leerlo oponiéndoselo. Le han dado mil vueltas para defenderlo ó atacarlo, lo han convertido en un propio *legajo* comentándolo, interpretándolo, y dándole tortura para sacar de él contra nosotros infinidad de inducciones falsas ó sacrílegas. Y ¿es este *legajo*, tan machucado por sus propias manos durante diez y ocho siglos, tan cargado de sus injuriosas objeciones, tan manchado por el veneno de su impiedad, que nos desechan *en el dia* como sospechoso de inautenticidad?... No son ya *aceptables*, no lo fueron jamas, porque las Escrituras no se les han ocultado nunca; fueron escritas á su propia vista, á la vista de los judíos y de los paganos, que degollaban á sus autores, pero que no los desmentian.

A lo menos deberia alegarse algo mas que una simple sospecha vaga é inarticulada, una pura alegacion, menos que todo esto, una simple *posibilidad* de inautenticidad, porque esto y no mas es lo que se objeta contra los Evangelios.—Es burlarse abiertamente del buen sentido y de la verdad, el emitir semejante *sospecha* en presencia de la libre é incesante publicidad de discusion y ecsámen, de que nuestras Escrituras han sido objeto desde el momento de su aparicion. Si su autenticidad fuera realmente cuestionable, ya no seria una simple sospecha, sino una prenda contundente lo que contra ellas se produciria, puesto que su suposicion no podria dejar de ser manifiesta. Pero por esto mismo no se presenta jamas una prueba semejante, porque lo que hace que semejante suposicion no pudiera dejar de ser manifiesta, hace que sea absolutamente imposible.

Por último, lo que acaba de confundir á tan singular sospecha, es que los primeros incrédulos, judíos, herejes y paganos, en quienes la incredulidad se hallaba fortificada por preocupaciones de nacimiento y por razones de estado, y que no desplegaron ni menos obediencia ni menos habilidad contra el cristianismo que los incrédulos modernos, no la abrigaron nunca, nunca dudaron de la autenticidad de las Escrituras, y de los Evangelios en particular, y esto á pesar de haber hecho de ellos el campo comun de sus discusiones, y á pesar de que, contemporáneos de su orígen, hubieran estado en situacion de desmentir su autenticidad si hubiesen podido; pero no lo hicieron nunca, ellos, que se atrevian, como hemos notado ya, á inmolar á sus autores. La verdad no puede jamas ser inmolada.

Parécenos que en todo cuanto llevamos dicho hasta aquí, hay lo suficiente para fijar á un entendimiento de buena fé. Le hemos demostrado en primer lugar, que por lo mismo que no hay ningun motivo de sospecha contra la autenticidad de que están en plena posesion los Evangelios, era preciso admitirla, supuesto que tal es la regla sobre que descansan todos los fundamentos de la historia;—en segundo lugar, que los Evangelios están y siempre han estado en tales condiciones de controversia y de discusion, que la simple *posibilidad* de su suposicion ó alteracion es radicalmente inadmisible; que al menos se deberia aducir una prueba evidente de semejante suposicion, porque no habria podido dejar de ser manifiesta; pero que no se hace ni puede hacerse, porque lo mismo que habria puesto á esta suposicion de manifiesto la hacia imposible.

Podriamos limitarnos á estas consideraciones generales y mantenernos en la defensiva, pues tenemos en nuestro abono la fuerza de los argumentos morales, fuerza que no obliga menos que la de los hechos, es aun mas rigorosa hasta cierto punto, y es siempre eminentemente legítima y justa cuando no tiene que combatir mas que contra argumentos de la misma naturaleza. Ademas, ¿no es un hecho, y un hecho muy grande, *la posesion universal de autenticidad* de que gozan los Evangelios? ¿No es tambien un hecho, y un hecho muy grande, *la ausencia de todo hecho contrario*, principalmente en la ventajosa posicion en que se hallaria el incrédulo de revelarlo si en efecto ecsistiese? ¿No es un hecho, y un hecho muy grande, *el haber estado siempre los Evangelios en poder de nuestros adversarios*, judíos, herejes ó incrédulos, el haber sido escritos á la vista de todos ellos, y el no haberles ocurrido á pesar de esto poner en duda su autenticidad hasta en los siglos posteriores? Estas

son las sencillas, pero profundas bases sobre que hemos elevado nuestra argumentacion: es, pues, completa, ya por lo que respecta á los hechos, ya tambien por lo relativo al raciocinio.

Sin embargo, queremos llevarla un poco mas lejos. Tomando en una mano la antorcha de la historia, y en la otra la de la crítica, vamos á hacer palpar la autenticidad é integridad de los Evangelios, manifestando que en todas épocas y desde su orígen han sido lo mismo que son en la actualidad, tales como salieron de la pluma de sus autores. La autenticidad de los Evangelios no será solamente *notoria* y *necesaria*, sino que será ademas *manifiesta*.

§ III.

Sentemos una regla.—Los Evangelios, incontestables, son sin embargo contestados: esto es lo que *se ha de comprobar*.—Para efectuar esta comprobacion, tomemos títulos y escritos, no solamente incontestables, sino incontestados y reconocidos por todas partes como auténticos y verídicos;—comparemos los Evangelios con esos escritos, y véamos lo que estos últimos dicen de ellos.—La regla es segura y jurídica; y si vemos que los Evangelios son reconocidos y aprobados en esos documentos de comparacion incontestados, será necesariamente indispensable reconocer que participan de su autenticidad y que no pueden haber sido objeto de una suposicion posterior.

Como es inútil limitarse á los tiempos en que los Evangelios eran evidentemente reputados auténticos por todas partes, y como todas las dificultades imaginables respecto de ellos se refieren á los tiempos primitivos, trasladémonos desde luego á esos tiempos primitivos.

—El primer monumento que se presenta es la Historia Eclesiástica de *Eusebio*, escrita por los años de 324.—Haciendo este historiador el catálogo de los libros sagrados, pone en primer lugar los cuatro Evangelios (de San Mateo, San Márcos, San Lúcas y San Juan), los Hechos de los apóstoles, las Cartas de San Pablo, la primera de San Juan, y la primera de San Pedro. "He aquí, dice, los que están admitidos por UN CONSENTIMIENTO UNIVERSAL." (1) Este testimonio es positivo, nadie lo ha puesto nunca en duda, y de él resulta que á principios del siglo IV los Evangelios estaban en posesion de la misma reputacion de autenticidad que en nuestros dias. Tenemos, pues, demostrado á lo menos, que no fueron supuestos desde esta época.

—El segundo testimonio notable que se presenta en seguida, marchando hácia atrás, es Orígenes, cuyos escritos deben colocarse en el año 200, un siglo antes de Eusebio.—Al principio de su comentario sobre San Mateo, dice aquel gran doctor que ha aprendido por la tradicion que hay cuatro Evangelios, los cuales SON LOS UNICOS RECIBIDOS SIN CONTESTACION EN TODA LA IGLESIA DE DIOS QUE ESTA DEBAJO DEL CIELO: *quæ sola in universa Dei Ecclesia quæ sub cœlo est, citra controversiam admitun-tur*, el de San Mateo, el de San Márcos, el de San Lúcas y el de San Juan. (2)—¡Qué prueba mas brillante de la autenticidad de los Evangelios! *Dos siglos* tan solo despues de Jesucristo, *un siglo* despues de la emision de los Evangelios (San Juan vivió cien años, y escribió el suyo al fin de su vida), los vemos admitidos en todas partes, sin sombra de dificultad, tan acreditados como en nuestros dias. ¿Se puede admitir una suposicion, no diremos posterior, pero ni siquiera anterior? No queda lugar á una suposicion semejante.—Por otra parte, no citamos el testimonio de Orígenes sino como una *mira*, pues podriamos indicar otros mil que le son contemporáneos. En los escritos de aquel tiempo se ve que los Evangelios eran citados, comentados y discutidos por todas partes; toda la Iglesia propagada por el universo (*universa Ecclesia*) está llena de los sonidos de la voz apostólica, y esto en presencia del mundo pagano, que lo reprueba, pero que no lo desmiente.

—Antes de Orígenes encontramos á Tertuliano, que arguye á los herejes con los escritos apostólicos y con su crédito universal. "Vemos lo que recibieron de Pablo los corintios y los gálatas, lo que leen los filipenses, los tesalonicenses y los efesios, lo que dicen los romanos á quienes Pedro y Pablo dejaron un Evangelio sellado con su sangre. Tenemos ademas las Iglesias fundadas por Juan: aunque Marcion no quiere admitir su Apocalípsis, la sucesion de los obispos que se remonta hasta el orígen, se detiene en Juan como en su autor. Así es como se reconoce el orígen de todos los demas libros. No son solo las Iglesias apostólicas, sino todas las Iglesias que están unidas á ellas por el vínculo de una misma fé, quienes poseen el Evangelio de San Lúcas, desde su nacimiento (3)."—Tertuliano habla mas particularmente del Evangelio de San Lúcas, porque este era el que se oponia mas terminantemente á las novedades de Marcion.—Por lo demas, designa, caracterizándolos perfectamente, los cuatro Evangelios, de los cuales dos son de los mismos apóstoles (Juan y Mateo) y los otros de sus discípulos (Márcos y Lúcas): "Se nos enseñó la fé, de entre los *apóstoles*, por Lúcas y Márcos: *nobis fidem ex apóstoles Joanes et Mathæus insinuant; ex apóstolicis Lucas et Marcus instaurant*." (4) ¿Se quiere algo mas preciso y formal? Estamos casi en el primer siglo, y todas las Iglesias esparcidas por el universo, poseen *el mismo Evangelio*.

—Acerquémonos todavía mas á este primer siglo, á ese siglo que vió morir á San Juan y que lo vió escribir su Evangelio. He aquí un discípulo póstumo de este apóstol, San Ireneo, educado por Policarpo, que habia sido discípulo de San Juan: por cierto que debemos tocar ya á la época de la suposicion de los Evangelios, ó no ha habido jamas tal suposicion. Si se atrevian á producirlos, debia ser tímida y clandestinamente, ó se levantarian de todas partes contra ellos reclamaciones, críticas á lo menos, sobre todo por parte de los enemigos del

(1) *Hist. eccles.*, L. 3, cap. 25.

(2) *Comment. in Matt.*, p. 203.
(3) Contra Marcion, lib. IV, cap. 5.
(4) Id. id. cap. 2.